
Aurell, Jaume, *Tendencias historiográficas del siglo XX*, editorial Globo, Santiago de Chile, 2009, 193 pp.¹

Tal como nos lo advierte el propio autor (p. IX), «una primera versión de esta obra fue publicada en el año 2005 por las Publicaciones de la Universitat de València con el título de *Escritura de la Memoria. De los positivismos a los postmodernismos*». Una obra que ya en su momento emergía importante, dada la escasez de literatura original en español sobre estas temáticas complejas, y su agudo diagnóstico de la presente situación de la disciplina histórica. La versión en comento, revisada y actualizada, nos llega en 193 páginas, más unas bellas y finas reflexiones a título de Presentación (pp. XI-XVII) a cargo de Catalina Balmaceda, directora de la Colección Pensamiento Histórico que acoge el presente volumen. Queda a disposición así del público chileno, de profesores y alumnos, una obra muy útil y bien concebida.

En lo formal, destaca primero el balance y equilibrio de su concepción: el estudio se compone de un *proemio* seguido de *cuatro partes*, cada una de las cuales contiene cinco capítulos precedidos de una corta introducción que ilumina sobre el sentido del conjunto y la ilación de los mismos; a estas partes sigue un *epílogo* que cierra a modo de conclusión esta obra volviendo sobre conceptos claves que, según el autor, cruzan toda la historiografía desde el siglo XIX al presente. Cada una de las cuatro partes se enlaza con la anterior en un tejido coherente y ordenado, cuya unidad no la da sólo la temporalidad de los procesos abordados (cronología), sino la íntima imbricación de antecedentes y repercusiones que, atados o anudados en el presente –tiempo singular de las múltiples decisiones históricas–, muestran la variedad de posibilidades futuras. El resultado es un relato entramado –en el que reconocemos la complejidad de la trama histórica, en este caso, de la historia de la historiografía en el siglo XX–, según el cual el lector puede descubrir que la explicación del presente complejo debe siempre recurrir –o recluir, como dirían en el campo; la puntada atrás en la costura– al pasado para abrirse a las repercusiones de futuro. Nada más lejano, pues, tanto de la simple exposición cronológica como de los cortes estructurales o temáticos. Ello, creemos, explica que el autor no tema volver sobre aspectos, procesos (lugar de la escuela de los *Annales*, influencia de otras disciplinas como la sociología, antropología, demografía, economía; búsqueda de interdisciplinariedad, caída de los paradigmas, emergencia de giros historiográficos, etc.) o autores (relieve de Ranke, Marx, Bloch, Febvre, Braudel, Duby en las distintas escuelas o tendencias) ya tratados en capítulos anteriores (arriesgando con ello la posible crítica de devenir «repetitivo»), si ello es necesario para dar

¹ El texto es parte de la presentación que realizamos en la ceremonia de lanzamiento de este libro en el marco de las *IV Jornadas Internacionales de Teoría y Filosofía de la Historia*, organizadas por los departamentos de Filosofía y de Historia de la Universidad Adolfo Ibáñez, en Viña del Mar, entre el 25 y 28 de agosto de 2009, y cuyo tema fue «Historia, Memoria y Narración».

cuenta del nuevo estado presente de la disciplina histórica. Hay que destacar, sí, que estas vueltas atrás siempre agregan algo de nuevo (como la puntada atrás en la costura), pues se trata de retornos desde otras perspectivas en virtud de los nuevos presentes en los que se halla la disciplina historiográfica de los que el autor da cuenta (las otras hebras del proceso; v.gr. el *giro histórico*, el *giro lingüístico*, el *giro cultural*). Esto a la vez permite que la lectura de este libro pueda ser perfectamente hecha desde cada parte, e incluso capítulo, sin arriesgar perderse en la maraña de los datos y procesos expuestos. Esta forma del relato no es sólo retórica, obedece a la captación de la dinámica misma de la historia: nos parece que, en este caso, la materia histórica dicta la forma que el autor ha escogido para su exposición y narración. El resultado está lejos de la aridez con la que podría percibirse la temática en cuestión –las múltiples orientaciones, tendencias y escuelas historiográficas que se han sucedido, o han coexistido, en los últimos 120 años–. Convengamos que la extensión de los capítulos (no más de diez páginas) colabora también para lograr esta facilidad de lectura. Por último, y también en el aspecto formal, la síntesis de autores mencionados así como de bibliografía al final de cada capítulo es una excelente y útil guía para el conocimiento de los temas abordados.

No sólo en la forma, sino también en la materia tratada está el mérito de este libro. Se trata de una temática densa, cuyo objetivo es dar cuenta de cómo la historiografía (la historia de la historia) ha llegado a convertirse en «una verdadera subdisciplina de la historia, con una personalidad y un objeto propios y con una proyección cada vez mayor en el entero campo de las ciencias sociales y experimentales» (p. 7). El autor está convencido de que intentar una historia de la historiografía significa, en definitiva, tocar los grandes problemas que se debaten en el corazón de la historia como disciplina: ¿cómo conocemos el pasado? ¿Qué lugar compete al historiador en la lectura del pasado? ¿Es posible un conocimiento del pasado? ¿Qué herramientas intelectuales y documentales son apropiadas para dicho conocimiento? ¿Cuál es el lenguaje apropiado y conveniente a la historia, a «la escritura del pasado»? ¿Hasta dónde el historiador se ve afectado por el *presentismo*, es decir, por las fuerzas que configuran su propio presente; «el peso del texto en el contexto histórico» (p. 4)?, se pregunta Aurell. Lejos de optar por un determinismo, el autor nos advierte: «leer» (p. 4). El historiador, constata Aurell, se mueve en diversos niveles (como actor, testigo y conocedor) en su presente y hacia el pasado.

Otra constatación valiosa de la que parte el autor, es la de que el debate historiográfico «enriquece el utillaje del historiador» (p. 2); esa es la ventaja que emerge de tantos desacuerdos y de las diversas miradas que los historiadores tienen y han tenido de la disciplina y del pasado. En estas consideraciones preliminares, es importante también señalar que la historia de la historiografía en el siglo XX está, según el autor, de algún modo marcada por el diálogo y reencuentro de la historia y la filosofía: «a través de la historiografía, la historia y la filosofía vuelven a converger, después de prácticamente un siglo de desencuentros» (p. 6). Como se puede intuir, la complejidad de los problemas, así como la variedad de las escuelas, corrientes y tendencias historiográficas que, desde fines del siglo XIX hasta hoy, han tratado de responder a dichas preguntas, y que son objeto del estudio, supone una capacidad de análisis y síntesis, de la que hace gala el autor de este libro. Síntesis que se apoya en un

conocimiento sólido, que fluye a través de estas páginas, de las grandes interpretaciones de la historia que van de la Antigüedad al mundo moderno, y muy particularmente, de la literatura historiográfica del siglo XX, con especial atención a la producción intelectual francesa (escuela de los *Annales*, que conoce con mucha soltura, en el horizonte de sus tres o cuatro generaciones: de Bloch y Febvre, pasando por Braudel, llegando a Le Goff y Duby, para recalar en Chartier) y anglosajona (inglesa, como E. Thompson; y norteamericana, destacando en esta última autores como H. White, L. Stone y G. Spiegel). Muy interesante es el hecho de que el autor rinde de algún modo tributo a la tradición historiográfica española, intentando ponerla en el telón de fondo de las grandes corrientes (*Annales*, materialismo histórico inglés, cliometría, hasta los sesenta; historia narrativa, microhistoria, de los setenta; historia cultural, nueva historia política, historia de la religiosidad, en los noventa). No están ausentes de este bagaje, los autores alemanes, italianos y polacos.

Lejos de pretender abordar una descripción del contenido del libro, nos referiremos a continuación al esquema de sus contenidos en general, y de ciertas líneas matrices, así como conceptos claves que nos parece importante resaltar. La primera parte («De entre siglos a entreguerras: de los historicismos a los *Annales*»), aborda la crisis del historicismo clásico y el positivismo, para centrarse en la novedad que significa la fundación de la escuela francesa de los *Annales* y los antecedentes que la explican. La segunda parte («Los paradigmas de postguerra: de las economías a las mentalidades»), analiza el lugar que tuvieron el estructuralismo (Braudel y la segunda generación de los *Annales*), el materialismo histórico inglés (E. Thompson) y el modelo económico-demográfico de la historia cuantitativa (cliometría) en la fijación de paradigmas históricos sostenidos en la fe a las ideologías, en especial de carácter marxista, y de cómo la historia de las mentalidades (tercera generación de los *Annales*) y la historia social alemana dan cuenta del agotamiento de los paradigmas de postguerra y contribuyen a ponerlos en crisis. La tercera parte («Del postmodernismo a la crisis»), entra en el estudio de la crítica postmoderna al campo de las certezas modernas en el progreso y las ideologías; para la historia, la influencia que el llamado «giro lingüístico» de la teoría literaria, obrará sobre la revaloración del relato histórico: nacen la historia narrativa (N. Davis) y la microhistoria (C. Ginzburg); pero al mismo tiempo, en los años ochenta, la disciplina histórica entra en crisis llevada de la mano del relativismo a ultranzas que niega la posibilidad de todo conocimiento del pasado, e incluso, de su existencia misma (F. Ankersmit). La cuarta parte, («Las terceras vías: el giro cultural») nos revela el estado actual de la disciplina histórica, desde los ochenta hasta hoy, que emerge renovada y fortificada de la crisis de la década, gracias al «giro cultural» que proponen la antropología (Geertz), la historia cultural (P. Burke) y la historia social del lenguaje. Aquí el concepto de «nueva nueva historia» no es sino un signo paradójico de que la historia recupera antiguos temas e intereses, como la política y la religión, en el horizonte amplio de la cultura: la cultura en el centro del quehacer humano y no más como la superestructura prescindible del estructuralismo y el materialismo histórico. Se abren así nuevas vías (las *terceras vías*) que buscan recuperar el pasado histórico (nuevo historicismo).

Nos parece distinguir en la compleja disposición de los procesos que analiza el autor, —ordenados en la perspectiva de una historia intelectual, con referencia al mundo histórico, y

no una historia de las ideas—, una historia de la historiografía que se define entre dos grandes crisis: la primera, como punto de inicio, la de fines del siglo XIX —acelerada luego por las Guerras Mundiales— del historicismo alemán y el positivismo francés; la segunda, la de los años setenta, que supone el abandono de la ideología marxista, del materialismo histórico, como primer referente para las construcciones históricas, seguida por la de los ochenta y su relativismo a ultranzas. A ambas ha precedido una euforia y entusiasmo previos (principios del XX, principios '70); de ambas también la historia ha salido fortalecida, ganando una experiencia en el campo del método, pero arriesgando mucho también: el sometimiento a esquemas apriorísticos en la primera; la inconsistencia del relativismo negador de la naturaleza del pasado y su conocimiento, en la segunda. Atravesando este horizonte histórico, para el autor tres giros emergen, como definitivos: el giro lingüístico, el giro cultural, el giro historicista.

En definitiva, es un estudio de la historia de cómo la historia, durante el siglo XX, ha perdido y reencontrado su lugar como ciencia y, al mismo tiempo, su vocación recreadora del pasado, evocadora de la realidad pretérita. En este proceso, la historiografía contemporánea de las últimas dos décadas, se ha reencontrado con la vocación de los pioneros —como Hui-zinga, Bloch, Febvre— que le vieron nacer durante la crisis del historicismo al estilo Ranke y de los positivismos del siglo XIX, al desatar muchos de los «*corsets*» que la «*encorsetaron*» (*sic*, en palabras del autor) en *a priori* y paradigmas que fueron impuestos a la historia y la historiografía desde el estructuralismo, el marxismo y la historia cuantitativa. En el nuevo *giro historicista* de fines de los ochenta y noventa —el *tournant critique* reconocido por miembros de los *Annales* en 1994, al cambiar el nombre de la revista a: *Annales. Histoire, Sciences Sociales*— se supera, en cierto modo, la crisis que la disciplina histórica sufriera fruto de la disolución de los paradigmas de postguerra ya mencionados y de la amenaza del relativismo que pareció enseñorearse entre los setenta y ochenta, pregonando la imposibilidad de conocer el pasado y del valor omnímodo del texto (lenguaje o relato: Hayden White) sin referencia al contexto histórico. En este panorama, nuevas antiguas temáticas son motivo de la curiosidad del historiador: la nueva historia política, la nueva historia de la religiosidad, la historia social del lenguaje, la historia cultural. El «nuevo» interés por la persona, como sujeto histórico, y por sus acontecimientos, como punto de partida para entrar en la vida de un pasado, ha, por una parte, revitalizado el género biográfico (tan desacreditado durante las décadas anteriores), y, por otro, abierto las posibilidades de la microhistoria y la historia narrativa, dando cuenta de paso de la necesidad de un renovado humanismo en la disciplina histórica. En definitiva, el reencuentro con lo propiamente humano de la historia, luego de esa «'deshumanización' en la que abundó el materialismo histórico —tanto en el lenguaje como en la materia históricos» (p. 184)— mientras se alzó como amo y señor de las corrientes historiográficas (en especial francesas e inglesas) desde la postguerra hasta los años setenta. Esa es la ganancia de la historiografía —y, en especial, los aportes de lo que el autor llama las «*terceras vías*»— luego de este peregrinaje secular desde sus orígenes modernos hasta su lugar actual. En el *epílogo* de su obra, el autor afirma: «El historiador está obligado a reivindicar su condición de 'humanista', a ser algo más que un científico (...) La historia científica —gran aspiración de los paradigmas annalistas y materialistas,

deterministas en su concepción demográfica y económica— ha pasado a ser un mito. Las explicaciones monocausales simplemente dejan de funcionar. Se recupera la prioridad del acontecimiento, también en el análisis de la situación actual —desde el lanzamiento de las bombas atómicas al 11 de septiembre de 2001» (p. 185).

Así, por ejemplo, Historia y narración —dos de los ejes que hemos propuesto para las Jornadas de este año, que hoy inauguramos— emergen reconciliadas a fines del siglo XX; en el ínterin, la historia ha encontrado un «utillaje metodológico» y crítico desde el cual conocer mejor ese pasado esquivo. El autor valora, en este sentido, el diálogo de la historia con la filosofía y con las ciencias sociales. Un claro aporte de la escuela de los *Annales* desde su fundación, fue justamente la interdisciplinariedad. Aunque este diálogo esconde muchas veces el riesgo de la confusión allí cuando la historia pierde el horizonte de su propia identidad —como sucedió en su momento con la sociología o la economía, o puede suceder con la antropología o la psicología en el último tiempo—, ha sido sin duda valioso para la historia nutrirse de los aportes de otras ciencias para abordar el estudio de las fuentes de distinto orden.

Vuelve así la esperanza a nuestra disciplina, de que los esfuerzos de un Herodoto, un Tucídides, Polibio o Tito Livio no han quedado relegados a la calidad de simples relatos, una suerte de anecdotarios añejos y superados por la evidencia del rigor metodológico contemporáneo; ellos intuyeron en ella, ya entonces, la posibilidad de un conocimiento eficiente y cierto del pasado humano para iluminar el presente. En las actuales condiciones, la disciplina histórica reconcilia nuevamente —como muy bien lo expone Catalina Balmaceda en las páginas que preceden este estudio— ciencia y arte.

PAOLA CORTI B.